

## Las Humanidades. Notas para una historia institucional

PABLO UBIERNA (2016).

Buenos Aires. UNIPE, Editorial Universitaria.

(Colección: *Mihi quaestio factus sum*). 181 pp. ISBN: 978-987-3805-16-5.



Bruno D. Alfonzo

Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Estamos ante una obra que tal vez exceda la voz latina “*opera*” para identificarse, más propiamente, con la expresión “*vademecum*”. Si bien en nuestros días más afín a la medicina o a la farmacología, este término, creemos, califica con justicia y sin menoscabo la tarea llevada adelante por el argentino Pablo Ubierna, Doctor en Historia por la Universidad de París I y destacado especialista en Estudios Bizantinos. En efecto, en pocas páginas nos ofrece las nociones y fundamentos elementales para una historia de las Humanidades en su carácter político-institucional, lo cual, a su vez, nos permite ampliar el uso del término, abstrayéndolo de su aplicación técnica instrumental, para conjurarlo en un horizonte de sentido propio al de las Humanidades.

El texto está compuesto, en primer lugar, por una nota de presentación del Director de la Colección, la cual lleva por título *Mihi quaestio factus sum*, sentencia que encontramos en San Agustín (*Confesiones* X.33.50), que traducimos, en consonancia con el espíritu del texto que presentamos, del siguiente modo: *me he vuelto un asunto para mí mismo*. Este dictamen, si bien originalmente en otro contexto –pues en Agustín aparece con cierta dolencia–, aquí es resignificado para dar cuenta del examen sobre sí que las Humanidades ofrecen respecto del hombre y de su historia: volverse un asunto para sí, convertirse en una *quaestio*, un interrogante, un problema cuyo objeto es uno mismo, esa es la tarea de las Humanidades, cuyo desarrollo y crecimiento no sólo implican un conocimiento de la humanidad en sí y para sí, sino que a su vez abren la posibilidad de conocer, en ese desplazamiento, su propia historia.

En este sentido, ya en su prólogo Ubierna nos habla de “sondear en las profundidades de la experiencia humana” (p. 17), aspecto que es doble, en tanto el autor ejerce las Humanidades y, a la vez, se dirige a ellas como objeto de estudio. Ubierna se propone enfatizar el costado institucional de las Humanidades, cuestión peculiar que nos invita a reflexionar sobre los aspectos materiales, intelectuales, políticos y laborales en que se desenvuelven históricamente las Ciencias Humanas, al son de una historia de la reflexión sobre los textos, flanco medular del esqueleto de las Humanidades.

En su primer capítulo, “*Alexandrea ad Aegyptum*. La antigüedad y la erudición helenística”, Ubierna nos muestra cómo, desde un origen en que lo institucional se encuentra asociado a lo sacramental, el estudio de los textos y la necesidad de la existencia de bibliotecas, se vuelve regla, revistando la dinámica existente entre textos, intelectuales, espacio de trabajo y formación de una institucionalidad en Grecia, Roma y Bizancio, que yergue sus raíces en una tradición de talante alejandrino. Nuestro autor, a tal efecto, sostiene que “es en Alejandría donde se forjaron los instrumentos técnicos (de fijación de textos, de lectura y comentario), así como las instituciones que iban a permitir el desarrollo de las Humanidades” (p. 32).

En el segundo capítulo, “*Bēī mardūā*. Escuela, traductores y textos en la Antigüedad tardía”, el autor se abocará al examen de dos instituciones persas en particular: las Escuelas de Gondēšāpur y de Nisibis. Este recorrido sobre el alzamiento de dos escuelas orientales dedicadas a los estudios humanísticos nos ofrece un terreno de acuciante novedad en varios de sus aspectos, además de manifestar las redes que unen a las mencionadas instituciones con el mundo occidental. En efecto, será hacia el final de la Antigüedad tardía, cuando el mundo islámico pase de Siria a Mesopotamia, que comenzará el momento de la ciencia islámica, época en que se inaugura el estudio y comentario de la ciencia griega, que tantas resonancias generara en el propio Occidente. Ubierna echa luz a ese espacio oscuro a la mirada Occidental que va del surgimiento del Imperio bizantino a la caída del Imperio sasánida y la formación del Califato, todas experiencias políticas que darán forma a una dinámica institucional que determinará el curso de las Humanidades tanto en el Oriente islámico como en el Occidente cristiano.

Llegamos así al tercer capítulo, “*Latinorum cogente penuria*. Traductores y universidades en el Occidente medieval”. Aparecen aquí las universidades, instituciones que hoy son moneda corriente en nuestra cultura educativa y de formación profesional, pero que deben su legado a una serie de movimientos surgidos una decena de siglos atrás, en el corazón de la baja Edad Media. En este sentido, Ubierna nos muestra el

gran movimiento de traductores surgido hacia el siglo XI, que respondía a una necesidad de actualización a la lengua latina de textos motivados por plumas griegas y árabes. A partir de aquí, hacia el siglo XII, comenzará todo un movimiento en que los traductores se repartirán entre diversos maestros, dando lugar a la proliferación de distintas Escuelas (Chartres, Laon, Canterbury, París, etc.), que más tarde darán lugar a la formación de las universidades. Ubierna se ciñe especialmente a dos de ellas: la Universidad de París y la Universidad de Oxford, ambas instituciones que permitieron el traspaso de la ciencia griega hacia Occidente, movimiento clave en el desarrollo posterior de las Humanidades.

En el cuarto capítulo, “*Studia humanitatis*. Erudición e instituciones en los siglos XV y XVI”, Ubierna se adentra en el mundo del Renacimiento para dar cuenta de la importancia que los estudios bíblicos significaron en la gestación de los estudios humanísticos que hoy nos son propios. En ese recorrido nos muestra de qué manera bizantinos y humanistas europeos cooperaron en el desarrollo de los estudios griegos, bíblicos y orientales, y las dinámicas institucionales que cobraron forma en esos desplazamientos. De todas ellas, serán dos las instituciones ejemplares a las que principalmente se abocará el autor hacia el final del capítulo: el Collège de France y la Universidad de Leiden en los Países Bajos, instituciones que vienen a completar el espacio educativo para las Humanidades que las universidades no lograron agenciar, aspecto que Ubierna enfatiza para mostrar de qué forma los Estados nacientes de la Modernidad abrieron nuevas dimensiones institucionales de un novedoso formato educativo.

Arribamos ahora al quinto capítulo, “*Respublica litterarum*. Las Humanidades en los siglos XVII y XVIII”, apartado que nos adentra en el universo de los *doctes* franceses, *scholars* británicos y *litterati* romanos y florentinos. Se consolida aquí el surgimiento de una actividad científica sobre los textos que implica una puesta en discusión –al ojo de la razón y del juicio– de los textos. El núcleo de este apartado será mostrar la acuciante necesidad de esos tiempos de crear nuevas instituciones que estuvieran a la altura de los cambios científicos, como ya comenzara a suceder en el Renacimiento. Aquí, en los siglos XVII y XVIII, serán otra vez dos instituciones las que darán un nuevo giro a esta historia de las Humanidades: los benedictinos de Saint-Maur –y toda la erudición galicana junto con ellos– y los intelectuales jansenistas nucleados alrededor de Port-Royal, “dos de los movimientos más importantes en el desarrollo de las Humanidades en los siglos en cuestión” (p. 104).

Llegados al sexto capítulo, “*Bildung, Scholarship, Empire*. Las Humanidades y sus instituciones en los siglos XIX y XX”, cabe señalar, como lo hace el propio autor, la ausencia del latín en el título. Naturalmente, no es casual; en estos siglos el latín cesa de ser el medio de expresión natural mayoritario para dar lugar a las lenguas vernáculas, a partir de las cuales se destacarán –sostiene el autor– tres ideales fundamentales: el ideal pedagógico, el científico y el político. Comenzamos observando cómo en los territorios de habla alemana se concentrarán una serie de hombres que transformarán el método y los alcances de las humanidades, conjurando una nueva institucionalización, que encontrará su mayor exponente en el proyecto científico humboldtiano. A la vez, el autor nos muestra de qué manera estas dinámicas repercutieron en tierras de habla francesa e inglesa, y qué reapropiaciones se realizaron en el marco institucional humanístico de estas regiones del mapa europeo. En este capítulo es de esencial importancia la caracterización que Ubierna hace de conceptos como *Bildung* y *Scholarship*, por un lado –que resumen el proyecto formativo y profesional de las Humanidades en el siglo XIX–, así como, por otro, la del concepto *Empire*, que refleja el factor político que hizo de esos estudios un programa de desarrollo nacional.

Llegamos así al séptimo y último capítulo de esta historia institucional de las Humanidades, “Alexander sin Wilhelm. La recepción trunca del proyecto humboldtiano en la Argentina”, en el que Ubierna muestra de qué manera Argentina vería truncada su posibilidad de establecer los estudios humanísticos como parte de un programa nacional de corte humboldtiano. En contraposición, hará mención del caso estadounidense, fundamentalmente por el gran desarrollo de distintas ramas de estudios humanísticos que tuvo lugar allí, junto con su característico formato de institucionalización científica respecto de las Humanidades. En este capítulo, Ubierna muestra cómo la visión sesgada de Argentina en su recepción de la ciencia europea trajo aparejada una disociación entre Ciencias Naturales y Ciencias Humanas, obturando así la posibilidad de desarrollo de la segunda; optando, manifiestamente, por un positivismo de corte Natural-Biológico –heredero de la escuela francesa– que dejó a las Humanidades en una reducida posición.

Una vez recorridos uno a uno los capítulos de la obra que nos convoca, nos queda hacer un comentario del Epílogo que el autor incorpora al final del texto junto con algunas apreciaciones que no estarán de más para el lector.

Con respecto a lo primero, encontramos una breve y contundente conclusión que refleja una marcada

posición del autor respecto de la importancia de comprender la historia institucional de las Humanidades para dar cuenta de su necesidad. En efecto, el autor enfatiza la relevancia que los estudios humanísticos significan para una autonomía nacional en pos de afrontar los desafíos políticos y económicos suscitados en la actualidad, allende el avance cada vez más vertiginoso de los conocimientos científico-naturales y tecnológicos. Para ello, insiste, es necesario lograr un compromiso político que otorgue lugar a un proyecto nacional para las Humanidades, “lo cual requiere de un programa sistemático de desarrollo” (p. 147).

Este trabajo, además de una claridad expositiva, goza de un abundante soporte bibliográfico, consignado a continuación del Epílogo, el cual dotará de gran cantidad de material a aquellos que deseen profundizar en alguno de los temas abordados por el autor. Además de ser breve y preciso, consta de una vasta suma de notas

que enriquecen la lectura, si bien pueden generar cierta incomodidad en alguna de sus páginas. Sin dudas, recomendamos esta obra por su notable originalidad y hondura temática, así como por el distintivo punto de vista desde la que es abordada. Tanto neófitos como especialistas en el tema encontrarán una enorme fuente de intereses al recorrer sus páginas.

Sólo nos resta decir, en suma, que el lector siempre conservará el horizonte hacia el que se dirige con el autor, que es nada menos que justificar la existencia de las Humanidades, recorriendo su fascinante y polifacética historia, para reafirmar la necesidad de ratificar su importante rol en el desarrollo de las naciones contemporáneas y para comprender cómo se instituye y sostiene un proyecto humanístico, cuyo presente, a nuestro pesar, aquellos que nos dedicamos a las Humanidades vemos constantemente acechado.